

CASAMIENTO ENTRE DOS DAMAS.



PRIMERA PARTE,

en que se refieren los raros sucesos de una señora natural de la córte de Viena, y la fortuna que tuvo, habiéndose salido de su pátria disfrazada en busca de un amante suyo.

En la córte mas suprema,
en el mas luciente alcázar
que guarnece el claro Febo
con sus tareas diarias:
en esta hermosa palestra,
que hacen flores sus campañas,
formando cuadros amenos
con diversidad de plantas,
conjunto de varias flores
que hacen tejidas guirnaldas:
en este referido asiento,
en este nonplus ó mapa,

que es la ciudad de Viena,
capital y real plaza;
donde el grande emperador,
columna de la fé santa,
tiene su sόlio y asiento
con magestad soberana:
en la mencionada córte,
de sangre calificada,
nació una hermosa doucella,
con la cual la mano sacra
se esmeró en dar perfecciones
desde el cabello á la planta,

pues parecía á la vista
 una beldad mas que humana.
 Fuese criando este hechizo
 con politica enseñanza,
 con muchas habilidades
 de letras y lenguas varias.
 Era el imán del amor,
 la emulacion de las damas;
 diez y ocho años tenia,
 edad florida y gallarda,
 cuando de muchos adónis
 se veia idolatrada.
 Constante se defendia,
 hasta que llegó la aljaba
 de Cupido, y la tiró
 una flecha con tal maña,
 que hiriéndola el corazon,
 fué mariposa abrasada
 del garbo y la gentileza,
 y disposicion gallarda
 de un pretendiente amoroso;
 mas como el amor encarga
 la modestia en las bellezas,
 secretamente dió traza,
 pues las materias de amor
 fomentan ocultas causas.
 Fué avisado en un billete,
 que antes que rompiese el alba
 los crepúsculos del dia,
 adviértese que le aguarda
 en el jardín, porque quiere
 decirle ciertas palabras.
 Recibido por el dicho
 el papelillo, se arma,
 cual Belisario en lo fuerte,
 cual Gerineldo en la gala:
 llegó la precisa hora,
 y con diligencia marcha.
 Mas le fué airada su estrella,
 pues sucedió la desgracia
 de encontrarse con la ronda;
 y pidiéndole las armas,
 la respuesta que les dió

fué el echar mano á su espada,
 y Pompeyo en el valor,
 Hércules en las hazañas,
 á dos les quitó la vida,
 y con grande vigilancia
 se retira cuidadoso,
 á todos haciendo cara.
 Doña Gertrudis que vé
 que su amante se tardaba,
 se hacia varios juicios,
 y con diligencias árduas
 se determinó saber
 dónde su amante paraba.
 Pasado ya mucho tiempo
 se halló de paciencia falta,
 y determinó salirse
 con ánimo y arrogancia
 para buscar á su amante
 por las regiones estrañas.
 De un escritorio sacó
 cierta cantidad de plata,
 y tomando de su hermano
 el manteo y la sotana,
 de la ciudad se salió
 de las sombras amparada.
 Andubo diversas tierras,
 hasta que la estrella avara
 de su riguroso astro
 la concedió que parára
 el curso de sus trabajos.
 Hizo en la Grecia morada,
 y en hábitos de estudiante
 á las puertas se llegaba
 del palacio donde habita
 el dueño de la comarca;
 á cuyo impensado tiempo
 cierto page pascaba
 en palacio, y le pregunta
 que se le ofrece ó que manda?
 Gertrudis le respondió
 que conveniencia buscaba
 para ejercitar la pluma.
 Le mandó que se aguardára,

y le dió parte á su amo,
 que era de la real casa
 el secretario mayor,
 y por no hacer dilatada
 la historia, digo, quedó
 don Carlos en dicha casa,
 que conmutando su nombre,
 por tal Carlos se nombraba.
 Tenia el principe invicto
 una hija que era Palas,
 por la hermosura y donaire,
 en su córte celebrada,
 prima de la tal señora,
 con quien Carlos habitaba;
 y viendo como se porta
 en lo que su amo manda,
 que era esperto en todas cosas,
 le regalaron dos galas.
 Iba Carlos page ya
 acompañando á su ama
 en todas cuantas visitas
 ván y vienen á su casa.
 Cayó la princesa enferma,
 fué su prima á visitarla,
 Carlos en su compañía;
 no refiero las estrañas
 cortesías competentes
 que hizo Carlos á las damas.
 Hechas distintas preguntas,
 qué achaques son los que agravan
 y molestan su salud;
 así la princesa habla:
 es tristeza la que tengo,
 aunque ignorada su causa;
 yo padezco, y no sé cual
 remedio aplique á mis ánsias.
 Prima, dame tu el remedio;
 y esta respuesta la daba:
 siendo gusto de su alteza
 el que mi page aquí haga
 algunas habilidades,
 lo hará; y á Carlos le manda
 que alegrase á la princesa.

Obedeció, y que le traigan
 instrumentos ha mandado;
 trageron guitarra y arpa,
 con que Carlos se portó
 de manera que la infanta,
 si enferma se considera,
 mas enferma ya se halla
 de ver el arte y donaire,
 el brio, el garbo, la gala,
 y grandes habilidades
 que á Carlos acompañaban;
 y con victores le ofrecen
 repetidas alabanzas.
 Rematada la funcien,
 finalizadas las danzas,
 dió orden la hermosa niña
 que luego á Carlos le traigan,
 y á la demas comitiva,
 un refresco de importancia.
 Tocando el reloj las ocho,
 se retiran á su casa,
 quedándose la doliente
 herida en toda su alma.
 Viendo el padre que su hija
 se miraba tan postrada,
 mandó como poderoso
 que una junta se ordenára
 de médicos, y entre todos
 el mas sábio adivinára
 la enfermedad tan oculta.
 Hacen diligencias varias;
 mas como era de amor
 no congeturaron nada.
 En estos grandes enigmas
 dieron forma y dieron traza,
 por acuerdo de un anciano,
 el que una lista se haga
 de los criados que sirven,
 y que cada dia vayan
 por su turno cada uno
 á presentarle á su ama
 un ramo de hermosas flores
 por ver si alguno la agrada;

y que á este tiempo su padre á vista de su hija amada asistiese, sin que ella nunca alcanzase á ver nada: y aquel de quien recibiese las flores de mejor gana era el sujeto que quiere. Y dicha astucia entablada, empezaron á venir los criados de la casa, y no admitió de ninguno, antes bien los despreciaba. Finalizada la lista, no quedando ya en la casa criado alguno, discurren que pasase la palabra á casa del secretario, y que lo mismo se haga. Obedecieron gustosos, hasta que á don Carlos mandan se adornase muy gallardo desde el cabello á la planta. Entró á ver á la princesa, hizo las acostumbradas cortesias, y llegó al pie de la misma cama. Presentóle en mano propia una compuesta guirnalda de suavísimas flores; y mostrándose alentada la dama mirando á Carlos, de aquesta suerte le habla: Carlos, tú eres el imán que me tienes presa el alma, por ti padezco, mi bien, el rigor de tantas ansias, yo me muero, y así tu como juez de aquesta causa, procura darme la vida, doliéndote de esta esclava. Le hechó los brazos al cuello, y tiernamente le abraza.

Carlos, tímido responde: señora, advierte y repara que soy un hombre humilde, no os determinéis osada. Parientes tiene tu padre que merezcan dicha tanta, deja esa mala pasión. Mas ella determinada derramaba algunas perlas por sus mejillas de grana. En fin, Carlos se salió de la vista de la dama, la que quedó sumergida en el mar de su desgracia. El padre que atento mira en que pendía la causa de la salud de su hija, mandó fuese egecutada la boda con dicho page, y claramente le habla: Carlos, ya que fué tu dicha quien te condujo á mi casa á cumplir la ocupacion de servir á mi hija amada, y que he visto á punto fijo, que se mira enamorada de tus prendas, es preciso case contigo, y se hagan con brevedad vuestras bodas, y así dichoso te aclama. ¡Cuál quedaria Gertrudis, puesta en confusiones tantas! si se descubre es perdida; no obstante al príncipe habla con muy discretas razones, pero no le sirve nada, y á Carlos aseguran, temiendo no se les vaya. Dejemos en tal estado aquesta primera plana, que en otra segunda parte quedará finalizada.



SEGUNDA PARTE,

en que se finalizan los varios sucesos de doña Gertrudis, con el mas raro caso que han visto los nacidos.

Hechas las célebres bodas con el fingido don Carlos aquella primera noche, cumplidos los aparatos que la funcion requeria, fueron los dos desposados con grandisimos placeres retirándose á su cuarto. Entró el aya de la infanta, que es quien la habia criado por la muerte de su madre, á despojar á don Carlos. Muy alegre se llegó, mas él la detuvo el paso,

diciendo: señora mia, que os retireis os encargo, dejadnos solos, señora. Obedeció á su mandato, y en una silla se sienta, amargamente llorando. La princesa que aguardaba dulces y tiernos alhagos de su idolatrado amor, le dice: ¿á qué aguardas, Carlos, que no vienes acostarte? ¿Qué mal suceso has logrado en ser mi querido esposo? Si no merezco tus brazos,

yo no tengo culpa de esó;
 ea, mi querido Carlos,
 ¿por qué te afliges, mi bien?
 y él respondió suspirando:
 señora, advierte y repara
 lo fúebre de este caso.
 Yo soy muger, como véis,
 que mi rigoroso astro
 á este punto me ha traído:
 dejé mis padres amados
 por buscar un caballero
 que me amaba en sumo grado.
 He andado diversas tierras,
 visité reinos estraños
 en hábito de estudiante;
 y no habiéndole encontrado,
 buscando mi conveniencia
 á este parage he llegado,
 y con trage de varon
 hasta este dia he pasado.
 Y pues su Alteza me estima,
 haga este mismo reparo,
 que si me descubre, soy
 perdida, y así lo encargo
 busque modo que me ausente.
 La princesa oyendo el caso,
 la dice: querida mía,
 lo que me has participado
 será muy grande misterio,
 y con sigilo y recato
 haremos vida gustosa;
 que es tanto lo que te amo,
 que teniéndote á mi vista
 no quiero mayor descanso.
 Amaneció el dia alegre,
 y entró el aya de contado,
 preguntando á su señora
 cómo lo había pasado.
 Con que la hermosa princesa
 le refirió todo el caso,
 y lo que habian dispuesto,
 haciéndola estrecho cargo
 que guardase este secreto

y pusiese espías varios
 por cualquiera novedades
 que ocurriesen en palacio.
 Con el título de esposos
 hasta dos años pasaron:
 y viendo toda la Côte,
 y los leales vasallos,
 que pasado dicho tiempo
 no se veian coronados
 con el sucesor que aguardan,
 y que tampoco á don Carlos
 barba ni bozo apuntaba,
 se hacian discursos varios.
 Determinaron un dia
 llevar al principe Carlos
 á un jardin á divertirse,
 por si le agradan los ramos
 de flores, que es de mugeres
 colocarlas de contado
 en el pecho ó en el pelo,
 para dejar aclarado
 si era varon ó era hembra;
 y el aya les ha contado
 el enigma que procura
 ver disuelto, y avisado.
 Carlos, prudente y sagáz,
 ha propuesto á sus vasallos,
 dentro del mismo jardin,
 que esto no era de su agrado,
 y que mayor diversion
 sería salir al campo
 á cazar con la escopeta,
 con que confusos quedaron.
 En fin, por no ser molesto,
 otros dos años pasaron,
 y al fin de ellos determinan
 hacer un convite vario,
 donde pensaba poner
 asientos altos y bajos:
 y si bajo lo elegia
 era muger, y alcanzando
 á saber lo que disponen,
 cuenta el aya les ha dado.

Al príncipe lo convidan,
y como iba ya avisado,
tendió la vista y ha dicho:
aquestos asientos bajos,
no viniendo aquí madamas,
creo que son escusados;
y tomando el superior
dejó á todos admirados.
Finalizado el convite,
de todos acompañado
vino á ver su amada prenda
y el suceso le ha contado.
Conviene advertir ahora,
que en su pecho colocado
trae la hermosa Gertrudis
un precioso relicario,
cuya estampa manifiesta
un peregrino retrato
de la Reina de los cielos,
de pincel muy soberano,
Virgen de la Soledad,
que era su norte y amparo.
En fin, para cerciorarse,
y determinar el caso
en lo que apurar querían,
determinaron que á un baño
fuese, con que era preciso
que quedase declarado
el dificultoso enigma.
Aquí fueron los quebrantos
y las penas duplicadas,
como copiosos los llantos,
que hacían los dos amantes,
viendo que era ya llegado
el plazo de sus desdichas
con la ausencia de don Cárlos.
A la sagrada María
la ofrecen un novenario
si en su afliccion les consuela.
Llegó el dia señalado
en que habia de cumplirse
la funcion de dicho baño.
¡O qué dolor causaría,

qué afliccion y sobresalto,
qué lágrimas tan amargas,
qué tiernas ansias y alhagos,
qué sollozos y suspiros!
¡Qué dulces tiernos abrazos,
qué cariños, qué coloquios
entre los dos no pasaron!
La princesa dió á su amante,
en una bolsa encerrados,
diamantes de gran valor
para vivir con descanso
lo que le queda de vida,
y que nunca se halle escaso.
Llegada que fué la hora
en que lo llevan al baño,
la princesa á su oratorio
se retiró con cuidado
á suplicar á la Virgen
librase de riesgo tanto
aquella pobre infeliz.
Llegaron los criados
á quererlo desnudar;
y mostrándose él airado,
ha jurado por su vida,
que el que fuese tan osado
que llegase á su ropaje,
sería de él castigado;
que iba á cierta diligencia
por un perentorio caso,
y que nadie lo siguiera,
que sería breve el plazo,
en que él al baño volviese.
Salióse determinado
aquel fingido varón,
por el monte atravesando,
temeroso de la muerte
á la Virgen implorando.
Los criados que advirtieron
haberse ausentado Cárlos,
creyeron que cierto era
lo que se habian pensado.
Pero Dios compadecido
de su riesgo y su quebranto,

B

quiso remediar su pena
 con un portento muy raro.
 Y fué que cruzando un monte,
 á distancia de cien pasos
 ha divisado Gertrudis
 un unicornio, que osado
 hácia ella se venia,
 y confusa en este caso,
 por querer buscar refugio
 se arrima á un próximo árbol.
 Llegó el feroz animal,
 de un golpe la ha derribado,
 cayó de espaldas Gertrudis,
 y en su vientre la ha formado
 una muy perfecta cruz,
 y del monte se ha ausentado.
 Vuelta en sí, se levantó,
 y admirada del fracaso,
 se repara y reconoce
 que en varon se ha transformado.
 Fuera de sí de alegría,
 con firme y ligero paso
 hácia el baño se volvió,
 donde la están aguardando,
 repitiendo en altas voces:
 prosigamos en el baño.
 Y llegando se despoja,
 quedando maravillados,
 como libres de la duda
 que de él habian formado.
 Pasadas hasta ocho horas,
 se retiran á palacio:
 la princesa cuando vido
 que venia tambien Carlos,

hacia varias preguntas,
 se hacia discursos varios.
 No obstante, muy cuidadosa,
 por salir de aqueste encanto,
 á Carlos aparte llama,
 y contándola él el caso
 del unicornio, le rinden
 al Señor muchos aplausos,
 dán debidas alabanzas,
 en altas voces cantando
 sus grandes misericordias
 y sus juicios tan altos.
 Entraron con gran sigilo
 los tres que saben el caso,
 en consulta, y dispusieron,
 que de secreto don Carlos
 casára con la princesa,
 y en breve fué egecutado.
 Pasados algunos meses,
 el cielo les ha dotado
 en darles un sucesor
 para su gusto y descanso.
 Así quedaron contentos
 y gustosos los vasallos,
 aseguradas sus dichas
 para los futuros años.
 Esto no es fábula, amigos,
 segun lo atestigua el caso
 de esta celebrada historia,
 en que el libro intitulado
 Luchas de amor y de ingenio,
 allí está especificado.
 Y Pedro Navarro pide
 perdonen de lo que haya errado.

FIN.

Valladolid: Imprenta de D. Dámaso Santaren. (1848)



T. 130726

C. 1205686

R. 126234